

demasiado; mejor dejaré para otra carta lo que me resta decir.

Soy siempre, con la sinceridad del que acostumbra decir sin embarazo todo lo que siente, su amigo que, no sabe por qué, sin conocerle, y no obstante los sarcasmos que tan hábilmente sabe vd. menudear, le quiere y le tiene particular simpatía.

## CARTA CUARTA.

A D. JUAN VALERA.

Todo efecto tiene una causa.—Todo efecto inteligente, tiene una causa inteligente.—*El poder de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto.*

(Principios que sirven de lema á la "Sociedad Científica de estudios psicológicos de Paris").

Muy estimado amigo mío:

No sé á la verdad cómo avenírmelas para tratar un punto que entraña fondo de grande importancia. Mi vacilación radica en lo siguiente: hay que ser modesto, ó inmodesto. Si opto por lo primero, no expongo francamente la verdad y se resienten de ello los argumentos que debo aducir en pro de mis razonamientos; si me decido á ser inmodesto, todas las más furibundas pasiones de aquellos sabios que he descrito en el capítulo VII de mi obra, se desatan contra mí y me lanzan los epítetos de presuntuoso, fatuo, etc., etc.

¡Pero no importa!

Cese la vacilación. Ya lo he dicho en la introducción á mi sistema, y lo repito ahora: no quiero ni me hacen falta, títulos de hipócrita modestia, máxime cuan-

do para conquistarlos, hay que dejar maltrechos los fue-ros de la verdad.

Entremos, pues, en materia.

Hay una proposición que dice: la existencia de una causa personal y divina, no se puede negar ni afirmar.

Tal proposición es falsa, y ha sido engendrada por la hipocresía y por la impotencia. Es engendro de hipocresía, porque no se ha tenido todo el valor que da el verdadero libre pensamiento, para exponer el cúmulo de hechos que la razón analiza para fundar la negación de una causa divina. Es hija de la impotencia, porque no se ha ofrecido un sistema que compendie y sintetice toda la labor filosófica de la humanidad, para establecer las bases fundamentales que apoyen la afirmación de *un poder natural, inmanente, inteligente y progresivo*.

Esto es lo que me propuse alcanzar, dando mi *Sistema perfeccionista*, y si la voz de la pasión no sofoca el sentimiento de amor á la verdad, y si se estudian y meditan mis proposiciones, se llegará á esta conclusión: La personalidad mítica, lo ritual y lo simbólico queda destruido, aniquilado. El poder real, lo natural, en suma, y *todo lo simbolizado* queda en pie, porque es verdadero y, como tal, indestructible.

Cuando los mitos simbólicos del paganismo cayeron de sus pedestales, no fué, propiamente dicho, á impulso del cristianismo, y sí al de la ciencia que, comenzando á explicar la naturalidad física de los fenómenos más inmediatos á la observación, hacían advertir cuán monstruoso é irracional era persistir en la creencia de que los dioses simbólicos tenían vida real y positiva.

En el cristianismo se condensaba, por decirlo así, todo el progreso moral é intelectual de aquel momento histórico; y si aquel progreso fué bastante para alcanzar el conocimiento de la unidad causal, no fué tanto que pudiera librarse de la tradicional y primitiva tendencia hacia lo místico y simbólico; por lo tanto, al despojar á los elementos parciales de su aspecto divino y sobrenatural, reconcentró en un solo mito todos los antiguos símbolos, para que en éste quedara la representación de todo lo desconocido, que es motivo de las lucubraciones divinas y sobrenaturales.

En el momento presente, con el desarrollo que las ciencias físicas han alcanzado, podemos hacer con la unidad, lo que se hizo con los elementos que la constituyen. Esto es, despojarla de su aspecto simbólico, sobrenatural y divino, para estudiarla con ánimo libre de superstición, en su natural aspecto. Tal es lo que me he propuesto al elegir el nombre de *Agente cósmico*, y no el vano alarde de cambiar nombres.

Decir en la actualidad que no hay datos para afirmar ó negar la naturaleza personal y divina de la causa universal, equivale á decir que no hay datos para afirmar ó negar al mito Plutón. Reflexiónese bien y se advertirá cómo, lo propio que se puede exponer con relación al agente físico denominado *calor*, se puede decir con relación al *agente universal*. Tratándose aisladamente del elemento *calor*, se debe afirmar lo propio que de todos los demás elementos constitutivos del *Agente cósmico*, esto es,—que los conocemos por sus efectos, más no por su naturaleza esencial. ¿Nos autorizará, pues, este hecho para que digamos que al ser

debatida aun en el campo de las hipótesis la causa primera del calor, no se puede afirmar ni negar la existencia del monarca Plutón? ¿Verdad que con relación al mito que simbolizaba al elemento calor, no podrá quedar en tela de duda su completa desaparición del campo de lo divino, por más que con las argucias de una escuela—que pertenece en la escala de los colores á las medias tintas—se diga que el hecho de desconocer la esencia, deja en suspenso el fallo de si el mito es mito ó no lo es?

Pues qué, ¿el hecho de desconocer la esencia, oculta los efectos? Ya éstos provengan del elemento que fuere, ¿no siempre y en todo caso se observa que son efectos naturales?

Pues entonces es hipócrita decir que, aunque los efectos sean naturales, la causa pudiera *ser ó no ser sobrenatural y divina*.

Pasemos, pues, á otro punto.

El hecho de no haber estudiádose hasta hoy en el terreno de la filosofía la existencia de un poder *natural, inmanente y con inteligencia progresiva*, es causa de que se debatan entre metafísicos y materialistas, sin llegar á un avenimiento racional y justo, estas dos hipótesis:

*Afirmación metafísica:* La causa del Universo es Dios, ser personal, con atributos divinos y absolutos.

*Afirmación materialista:* La causa del Universo es la Fuerza inherente á la materia que la modela y transforma.

El materialista combate la primera hipótesis diciendo:

El estado actual de la ciencia nos hace conocer que todo en el Universo se realiza á efecto de las leyes na-

turales, y esto nos autoriza á proscribir un poder que esté fuera de la Naturaleza.

Además; lo fortuito, lo monstruoso, y en suma, todo lo imperfecto que observamos en el mundo, nos autoriza también para negar la existencia de *un regulador supremo* en quien se suponen atributos divinos.

Los metafísicos dicen: No es posible que la existencia sideral y planetaria, la variedad y la multiplicidad que ofrecen los reinos naturales, desde las geométricas cristalizaciones del mineral, hasta la complexa organización de la máquina humana, cuyos elementos anatómicos y cuyas funciones fisiológicas se ofrecen admirables; no es posible, dicen, que todo esto se haya realizado á impulso de una fuerza ciega.

Y agregan: la conciencia que el hombre tiene de su personalidad y del mundo que le rodea, su conocimiento racional y su sensibilidad generosa, amante y tierna, no pueden por manera alguna ser producto de fuerzas que obran á efecto de combinaciones químicas.

Quien con ánimo no embargado por la presunción y el prejuicio, se aparte de la innoble tarea de triunfar á cualquier costo en sus doctrinas exclusivistas; quien de tan ruin proceder pueda librarse, no atendiendo al vano halago de lo que á sí conviene, y sí lo que á la verdad filosófica importa, podrá juzgar en esta vez que, tanto el materialista como el metafísico, no pueden llegar á plausible avenimiento, porque á uno y á otro les asiste razón á medias, y cada uno, para llegar á comunión grandiosa en el seno de la verdad, necesita abandonar un prejuicio, admitiendo del contrario lo que de bueno y verdadero pueda darle.

El metafísico tiene, pues, que abandonar su prejuicio fundamental relativo al origen sobrenatural y divino, reconociendo al efecto lo siguiente. Cuando las observaciones astronómicas no habían alcanzado formular las leyes de la mecánica celeste; cuando los elementos de la ciencia no habían llegado á fundar la Química y la Física modernas; cuando no se habían estudiado las capas inferiores de la Tierra, para encontrar escrita en ellas la historia de su transformación; cuando los sabios naturalistas Linneo, Bufón, y Cuvier no habían dado poderoso impulso á las ciencias naturales, abriendo ancho campo á la filosofía evolutiva; cuando el sabio Flammarion no había escrito *Las Tierras del Cielo*, fundando la astronomía física; cuando Darwin no había dado su *Origen de las Especies*; cuando, en suma, faltaban todos esos preciosísimos datos que hoy acumula la ciencia de nuestro siglo, no se había advertido el hombre de que los elementos cosmogónicos venían, de lo sencillo y rudimentario, evolucionando hasta lo complejo, armónico y perfecto. No pudiendo por tal motivo formular la ley del progreso, en su ignorancia creyó que todo el mundo que le rodeaba había sido engendro instantáneo y maravilloso de un *maggo sobrenatural*.

También en aquellos tiempos primitivos, en que la moral no había asomado su bella y generosa imagen, en que los espíritus muy cercanos á la animalidad, siguiendo los impulsos de feroz y bestial instinto, cometían el parricidio á la vez que el incesto, y animándoles cruel venganza perpetraban fiera hecatombe, y tanto, que del pueblo vencido solo quedaban, como signo de

su existencia, los derruidos muros de sus ciudades; en tales tiempos, digo, que tan ignoradas eran las excelencias del amor y de la sabiduría, fué cuando se quiso coonestar la existencia de un poder supremo y regulador absoluto, con las múltiples imperfecciones y monstruosidades, cuales abortan los elementos en la vía de su natural desarrollo.

Si de todo lo dicho, en fin, se fija el místico metafísico, él mismo contribuirá para hacer que ruede por el polvo el *viejo mito simbólico*, para que le sustituya la concepción serena, exenta de superstición, y de beatífico terror, de un agente natural que en progresión perfeccionadora impulsa y vivifica al Universo; agente que está constituido en su unidad armónica, por los infinitos gérmenes increados, que en sus múltiples estados de desarrollo, con individual y persistente existencia, prestan concurso para realizar la vida universal. Y, quien esto entienda, dejará el asombro que le hace exclamar: ¡Cómo el hombre, ser inteligente y consciente, habría de formarse solo!

No; no se ha formado solo. Su germen increado é inteligente, desde el estado de mayor simplicidad, se viene desarrollando con el concurso de todos los elementos, en sus múltiples y variadísimos grados de *inteligencia, en vía de formación*.

Cada germen inteligente, que es elemento del *Agente cósmico*, necesita para su desarrollo del concurso de todo el infinito. Esta energía de todo el infinito para cada ser y de cada ser para el infinito, explica nuestro natural desarrollo.

Ahora bien, si por otra parte el materialista deja su

prejuicio que le hace negar la inmortalidad del ser inteligente, que es elemento constitutivo y culminante de la unidad cósmica; si deja su tenaz empeño de querer el aniquilamiento del espíritu humano, reflexionando que así se rompen los términos del progreso y se destruye la clave que explica la evolución perfeccionadora; si advierte que en su tenaz empeño de negar la persistencia del germen inteligente,—desde que éste colaborara en la formación de la nebulosa, hasta su colaboración consciente en la vida de humana sociedad,—se hace impotente, con tal negación, para refutar al metafísico, pues mientras á éste no se le ofrezca una base racional que explique la existencia de la inteligencia y de la conciencia humanas, tendrá mucha razón para no aceptar las proposiciones materialistas. Si abandonando también su presunción y orgullo llega á reconocer que sus experimentaciones, motivo de su aristocrático magisterio, constituyen solamente el silabario que lo ha enseñado á deletrear para comenzar á leer en el infinito libro de la ciencia; si se advierte que el descubrimiento de un cuarto estado de la materia, en el cual ésta acusa propiedades especiales, que no se habían estudiado, que los modernos estudios radiofónicos y los novísimos fenómenos hipnóticos, auguran la aparición de una nueva Física, de una nueva Química, de una nueva Biología y de una nueva Fisiología, las cuales darán en el terreno de la ciencia una Psicología positiva; si todo esto advierten los materialistas, tornaranse de arrogantes y soberbios en humildes y sensatos.

Y nada diré aquí de los hechos de comunicación realizados por el espíritu después del fenómeno de muer-

te, por temor que se resientan los *novísimos fueros de la razón que se respeta*, como dicen esos buenos señores materialistas. Solo sí diré, que si ellos pudieran siquiera vislumbrar el chocante contraste que se ofrece, entre la sarcástica y pedantesca sonrisa que muestran, cuando se les habla de tales hechos, y el movimiento que se opera en el ánimo de quien, profundamente persuadido, estudia satisfactoriamente esos fenómenos, trocaríase su burla en rubor, quedando confusos y avergonzados.

Causa verdadera pena considerar los múltiples escollos que el hombre coloca á su paso, en la vía de su desarrollo moral é intelectual: por una parte fatuidad y orgullo; por otra, beatitud hipócrita, terror, superstición.

Pero nada tan perjudicial, nada tan enervador del progreso, como el fanatismo divino, sea cual fuere su matiz.

Cuando nno se detiene á examinar el cúmulo de candorosos dogmas que en oposición palmaria con la razón y con la ciencia subsisten aún, y cuando entre las personas que los prohijan encontramos filiados tantos nombres rumbosos, de abigarrada reputación, relucientes de oropel; profunda tristeza se apodera del espíritu libre, al contemplar la enorme distancia que nos separa del anhelado término en el cual la razón domine, desarraigando de las aterrorizadas conciencias, absurdos tantos cuantos cobija ese vetusto y carcomido árbol de lo divino. Cuando veo que en la cátedra, en la legislación, en la tribuna, en la vida íntima del hogar y en todas las prácticas y relaciones de la vida social, se extravía el punto de partida, y sin rumbo ni brújula todos

caminan persiguiendo quimeras y fantasmas divinos, abortos monstruosos de las más descomunales concepciones místicas, mi espíritu se angustia ante ese ignominioso padrón de supina imbecilidad. El calificado es rudo, pero verdadero y necesario: hay que conmover al espíritu humano para que despierte de su profundo letargo.

Ya me parece que escucho el descomunal clamoreo que levanta el orgullo de ciertos hombres, los cuales dirán:

Habéis lanzado un insulto á la faz del mundo, que en su mayor parte está representado por el sentimiento religioso; habríais de respetar tantos y tantísimos nombres ilustres que están dentro de la comunión dogmática.

Yo á esto responderé:

Si mi ánimo estuviera guiado por el rastrero fin de zaherir á esos hombres, merecería sus iras y sus anatemas; pero mi conciencia nada me reprocha, porque mi tendencia es la de emplear reactivos fuertes, para combatir crónicos y dañosos males; mi voz, áspera y ruda, es el hierro candente que intenta, no el horrendo martirio de nefanda *Inquisición*, y sí la cauterización saludable de pútridas y antiguas llagas.

Por otra parte, debe atenderse que en todos tiempos y con iguales fines, al combatirse añejas preocupaciones, en el campo de los opositores, no solo se han hallado las chusmas incultas é ignorantes, sino que también el grupo de los que dogmáticamente pretendían estar en posesión de la verdad. Así fué como los más altos representantes de la antigua Aténas, lanzaron furibundo

anatema, condenando á Sócrates, á Esquilo, á Aristágoras, á Diágoras, á Demonax y á otros que en nombre del progreso protestaban contra el culto bestial, que, en honor del mito Baco, era celebrado en la ciudad de Minerva. Los propios altos representantes de las tradicionales y dogmáticas creencias, fueron los que en abierta y ruda oposición se colocaron al frente, para combatir las doctrinas de Copérnico, ilustradas y sostenidas por Kepler y por Galileo. Y calcúlese cuánto hubieran perdido la ciencia y la filosofía, si se hubiera tenido reverente silencio para no lastimar la *honorabilidad* de aquellos dogmáticos representantes del catolicismo y de la ciencia oficial, que exponían contra las modernas ideas, afirmadas por Galileo, sus viejos títulos adquiridos, desde los antiguos caldeos hasta Ptolomeo.

Quería, amigo mio, terminar con esta cuarta carta mi contestación á las que en igual número se ha servido vd. dedicarme, pero quédanme aún puntos importantes que no puedo tratar en ésta, sin extenderme demasiado; así, pues, los dejo para la siguiente.

Por hoy me despido de vd., reiterándole con positiva sinceridad las protestas de mi amistad y aprecio.